

NICO

¡DOBLE VICTORIA!





¡DOBLE VICTORIA!

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2014
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Adela Pérez Lladó, 2014
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Votric, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Diseño de cubierta: Departamento de Diseño de Editorial Planeta
Primera edición: noviembre de 2014
ISBN: 978-84-08-13313-1
Depósito legal: B. 21.507-2014
Impreso por Cachiman Grafic, S. L.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico,
por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Este libro no se puede vender
sin este comprobante
PRUEBA DE COMPRA
LOS PIRANAS DEL FÚTBOL-3
¡Doble victoria!

ÍNDICE

1. Cabeza fría y pies calientes	7
2. Un Piraña con corbata	14
3. ¡Una Copa en juego!	22
4. Un jamón muy caro	28
5. Aquí nadie os echaba de menos	33
6. Menudo fanfarrón	45
7. Un jarro de agua fría y un diluvio torrencial	52
8. Toni y sus ideas	60
9. Ceremonia en la tormenta	74
10. Consuelo de tontos	80
11. La mejor medicina es el fútbol	85
12. El secreto del señor Lafuente	94
13. ¡Acción!	103
14. El cerdo y el puñal	109
15. Decisiones importantes	114
16. Eva ataca	119

17. Un mal día lo tiene cualquiera	128
18. Secreto absoluto	134
19. Se descubre el pastel	138
20. Una mascota diferente	142
21. El ratón y el gato	149
22. Encuentro con el Guapo	159
23. Lo prometido es deuda	166
24. Con el rabo entre las piernas	173
25. Fútbol a lo grande	177
26. Doble o Nada	190



1

CABEZA FRÍA Y PIES CALIENTES

—¿Nombre y posición?

Tragué saliva. Mejor dicho, lo intenté. Pero tenía la garganta más seca que si me hubiera zampado un bol gigante de cacahuets con cáscara.

En realidad había comido, dos horas antes, lo que manda la ley de oro de los deportistas: fruta, un bocata y un vaso de leche. Me había esforzado por hacer las cosas bien.

Tenía permiso para faltar al colegio, y eso solo ocurre si estás muy enfermo o te espera algo realmente especial. Por suerte, se trataba de lo segundo.

Todo tenía que ir como una seda, pero hasta los tipos más duros se ponen nerviosos. Y eso incluye a Nico *el Indomable*, el 8 de Los Pirañas (es decir, yo).

Se suponía que sabría mantener la cabeza fría, y había tenido que aguantar varias charlas de Pipo Polo, mi entrenador (y novio de mi madre, por si queda alguien que no lo sepa). Rollos sobre la fortaleza mental, las virtudes de la concentración y todo eso. Pero nadie había mencionado nada sobre cacahuetes con cáscara y gargantas rasposas. No es fácil jugar a fútbol si no puedes tragar.

—¿Nombre y posición? —volvieron a preguntarme.

Era una sensación muy rara tener a toda esa gente mayor, todos tan serios, mirándome a los ojos y tratándome como si yo fuese alguien importante. Para ser sincero he de deciros que sí, me sentía importante. Pero, por mil penaltis no pitados, todo iría mejor si mi garganta funcionase con normalidad.



—¿Nombre y posición? —repitió el hombre. Se estaba impacientando, y le entendía perfectamente. No era un buen momento para un ataque agudo de mutismo.

Por suerte, una bola imaginaria de cacahuetes con cáscara rodó por el interior de mi pescuezo y pude respirar con normalidad.

—Nico *el Indomable* —dije con aplomo—. Delantero.

Todos los presentes asintieron, teclearon algo en sus ordenadores o garabatearon en sus papeles y pasé a la siguiente sala. De reojo, una sonrisa de dientes muy blancos llamó mi atención. Me volví antes de cruzar la puerta y vi que el dueño de la dentadura llevaba en una de sus orejas un pendiente del tamaño de una canica.

¡El padre de Babila! Así que él era el ojeador.

Expulsé la idea de mi mente: ahora no podía pensar en nada. Debía mantener la cabeza fría.

Después de que me pesaran y midieran y se interesaran incluso por mi corazón (pegándome un montón de cables y sensores en el pecho), llegó EL GRAN MOMENTO.

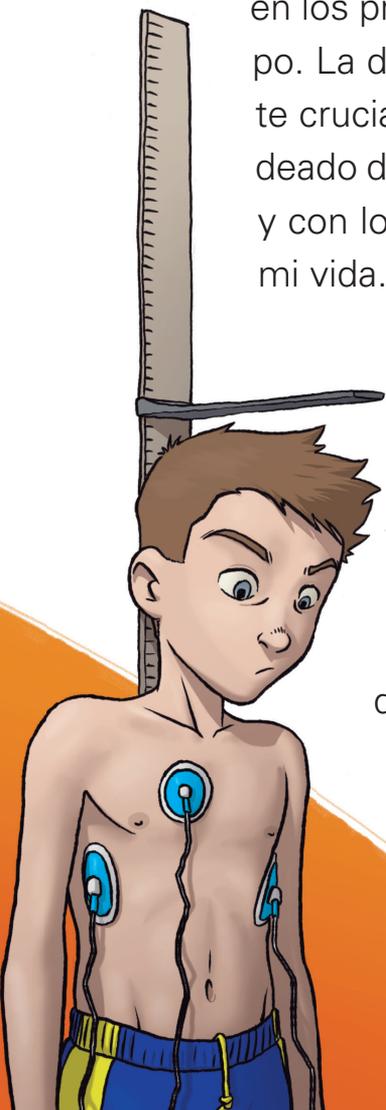
Por fin, tras años soñando con convertirme en

jugador profesional, iba a dar un paso de gigante en la dirección correcta. Estaba a punto de hacer la prueba para entrar en un equipo de verdad.

Los que me conocéis ya sabréis que soy un tipo duro, pero también soy testarudo: cuando quiero algo me esfuerzo más que un novato en los primeros cinco minutos con su equipo. La diferencia es que yo, en ese instante crucial, no tenía equipo. Estaba solo, rodeado de otros chicos a los que no conocía y con los que tenía que jugar el partido de mi vida.

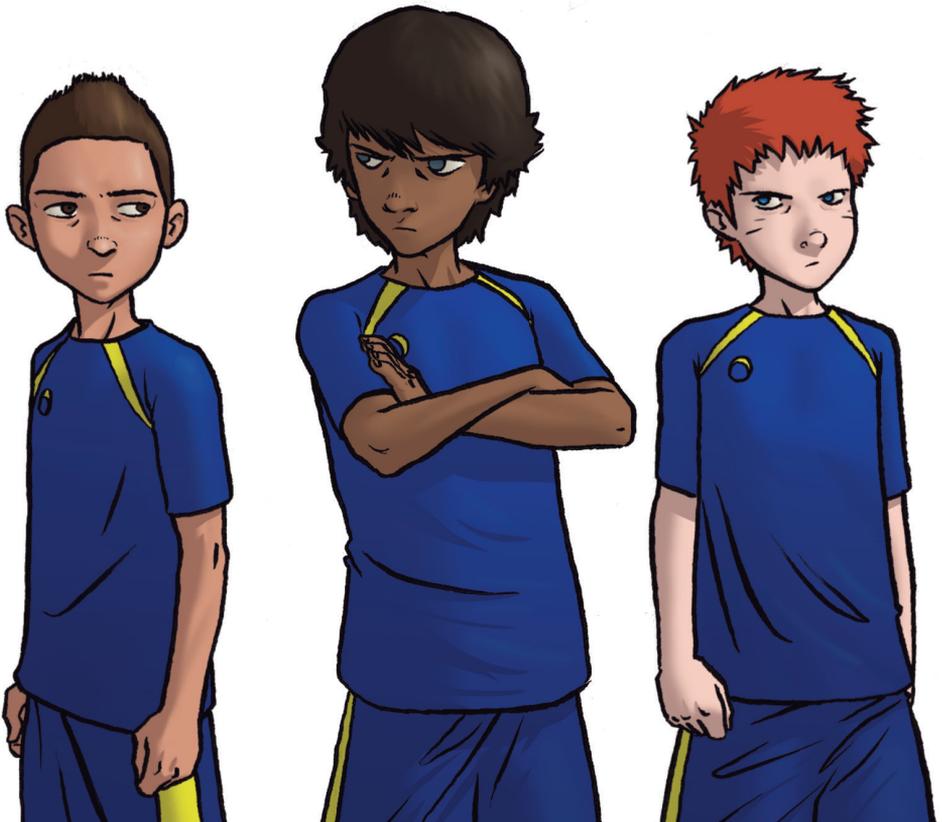
—Chicos, al campo —nos ordenaron.

No imaginaba que hubiera tantos aspirantes. Supuse que el equipo no tenía un solo ojeador, sino varios. Se trataba de un proceso de selección a lo grande, desde luego. Por suerte, en esa sesión no estaban ni el Lobo ni el Bicho. No habría sido demasiado agradable jugar con (o contra) alguno de Los



Maléficos. También era un alivio que Lucas no estuviera ahí. Verle me habría recordado una cosa: que solo podía ganar uno. Y ahora no podía pensar en eso. Tenía que mantenerme concentrado.

Los demás chicos tenían las caras más largas que un árbitro en la final del Mundial. Sus miradas parecían calibrar con infrarrojos las posibilidades de todos y cada uno de los rivales. La competitividad se palpaba en el aire, y os aseguro que no era el mejor ambiente para jugar. Pero yo salté al campo y lo di todo, vaya si lo di.



Cuando llegué al entreno (tarde), estaba claro cuál era el tema del día en La Pecera. Los comentarios se oían a varios metros de distancia.

—¿Y qué significa eso de un equipo de verdad? ¡Como si nosotros no fuésemos un equipo de verdad!

—¿Qué tienen ellos que no tengamos Los Pirañas, eh? ¿Alguien me lo puede decir? Porterías, botas de tacos, un míster y un balón. ¡Nada más!

Me incorporé al partidillo. Estaba hecho polvo, pero no pensaba demostrarlo. Además, entendía que mis compañeros estuvieran preocupados. Y cada uno se defiende de las preocupaciones como



puede. Ivo estaba de mal humor, pero yo no caería en su juego. No pensaba decir nada, porque no sabía qué decir.

Me llevé un par de entradas más fuertes de lo habitual, y a Lucas le pasó lo mismo. ¿Estaban enfadados? ¿Celosos? No, seguro que no era eso. Se trataba más bien de otra cosa: miedo, impotencia. Miedo por si nos íbamos alguno de los dos. Impotencia porque, si tenía que pasar, no podrían evitarlo.

Así que hice lo que tenía que hacer: mantener la cabeza fría y los pies calientes. Me concentré en el juego, marqué dos goles seguidos, di buenos pases y disfruté con el balón. Pero nada de eso me dejó buen sabor de boca. Aunque no quisiera reconocerlo, estaba preocupado. Y era evidente que Lucas, que no había hablado en todo el rato, también.





2

UN PIRAÑA CON CORBATO

Disfrutábamos de una tarde de sábado. Nuestras madres se habían empeñado en abrigarnos como para ir al Everest (qué pesadas con el forro polar); debían de pensar que nuestra cabaña estaba a la misma temperatura que un iglú. Vale, calor no hacía, pero si creían que Los Pirañas nos quedaríamos en casa hasta que llegara el buen tiempo, lo llevaban claro.

Toni había conseguido una diana bastante trillada pero todavía entera, y nueve dardos.



No eran iguales, pero tenían lo básico: punta metálica, mango para agarrarlos y plumas para equilibrar el vuelo.

Llevábamos compitiendo un buen rato. El mejor era Lucas, y después íbamos Ray y yo. A Toni y a Quique no se les daba mal, y con Lin Tao no sabías qué iba a pasar: podía dar de lleno en la diana o mandar el dardo al fin del mundo. Roque tenía problemas, porque con los dedos pringosos de ganchitos, el dardo le resbalaba y le costaba lanzar. Por su parte, Ivo estaba convencido de que era un gran tirador, pero el resto no pensábamos exactamente igual.

—¡Uy! —exclamó el Culebra—. Casi diana.

El dardo se había clavado a medio palmo del centro.

—¿Casi diana? —repitió Lucas levantando las cejas—. Ivo, ¿cuánto hace que no te limpias las gafas?

Nos echamos a reír, pero a Ivo no le hizo tanta gracia como a los demás, y se lanzó en un placaje a lo bestia sobre nuestro capitán. Lucas se lo quitó de encima sin problemas y el Culebra volvió al ataque. Se tiraron al suelo entre risas, y aunque Ivo siempre



tiene cantidad de energía disponible, todos sabíamos quién iba a ganar. Pero la pelea (amistosa, que quede claro) no terminó, porque llegó Babila en su bici de marchas nueva y reluciente.

—Hola —dijo el Halcón con su sonrisa grandiosa y más blanca que la línea de cal.

—¡Eh, tío! —le saludamos—. ¿Cómo va?

—Pues... Tengo algo que decirnos —dijo. Toni le dio uno de los dardos—. ¿Para mí?

—¡Claro! —respondió Toni *el Adivino*—. Hay nueve, uno por Piraña. Aunque tus padres decidan largarse, para nosotros siempre serás uno de los nuestros.

Babila sonrió.

—De eso quería hablaros —dijo mientras cerraba un ojo y apuntaba—. Creo que no nos moveremos en una buena temporada. Han decidido que nos quedamos aquí.

El dardo partió el aire y fue a clavarse en el centro de la diana.

—¡Eso sí es diana, Ivo! —exclamó Lucas, riendo. Y corrió a abrazar a Babila—. ¡Cómo me alegro! Y no solo por temas de juego, ¿eh? Eres un gran jugador, pero además tienes madera de Piraña. ¡Y de los buenos!

Todos opinábamos lo mismo, así que le felicitamos y le dimos unos puñetazos de buen rollo.

—Gracias —repuso el Halcón—. Lo malo es que no iré a ninguna de vuestras escuelas... Me han apuntado al Palacio —confesó bajando la voz.

—¡Vaya! —soltó Toni, impresionado. Ray abrió tanto la boca que se le escapó un destello.

El Palacio. Un colegio construido en las afue-



ras, al lado de un bosque, todo lujo. Cada clase se daba en un idioma distinto y corría el rumor de que tenían su propia sala de cine. Los alumnos del Palacio iban vestidos con un uniforme patético: camisa blanca, corbata a rayas, pantalones de vestir y americana.

¡Americana! ¡Corbata! Las chicas llevaban falda, pero no se salvaban de la corbata. Por si fuera poco, tenían prohibido llevar zapatillas excepto para hacer deporte.

—Es por lo de las apreciaciones, ¿verdad?
—preguntó Quique con cara de pena.

Babila *el Halcón* se lo quedó mirando sin entender nada.

—Aspiraciones, Quique, aspiraciones —le corrigió Lin Tao.

—Ah, pues sí, entonces sí —reconoció Babila, y Quique *la Escoba* asintió—. Mi madre tiene grandes aspiraciones para mí.

—¿Y eso qué tiene que ver con llevar una corbata penosa? —dijo nuestro capitán dando una patada a una lata. ¡Fiuuuu! Salió despedida y dio de lleno en la diana.

—¿Y una chaqueta ridícula? —añadió Ivo.

Babila puso cara de agobio.

—Perdona... no queríamos ofenderte —se excusó Lin Tao.

—No, si no me ofendo. Lo peor es que tenéis razón. Solo os pido que cuando me veáis por la calle con la ropa del Palacio no os riais de mí...

—¡No pensábamos hacerlo! —exclamó Roque, expulsando un polvillo anaranjado.



Lucas se puso serio:

—Como capitán de este equipo te digo, Babila *el Halcón*, que un Piraña es un Piraña, siempre, con corbata o vestido de payaso. Y cuando eres un Piraña...

—¡... la victoria te acompaña! —gritamos todos a la vez.

El Halcón se sonrojó.

—Vale... Bueno, pues como a partir de ahora soy oficialmente un Piraña, he pensado que tal vez queráis saber cuál es el trabajo de mi padre.

—No hace falta, ya sabemos que es el ojeador —dijo Ivo—. Nos lo contó Nico, que le vio cuando hizo las pruebas.

—Lo imaginaba. Espero que entendáis por qué no os dije nada... Lo tenía prohibidísimo, mi padre no quería que nadie descubriera su identidad. Pero ahora ya puedo decirlo.

—¿Y cómo es que os quedáis? —preguntó Toni.

—Mi madre ha encontrado una casa que le gusta mucho, y a mi padre le han ofrecido trabajo en la radio, en un programa de fútbol. Dice que ya está cansado de dar tantas vueltas.

—Ah, ¿entonces ya no va a ser ojeador? —pregunté.

—No. Dice que esa época se acabó.

Sin saber muy bien por qué, todos nos quedamos tristes. El silencio nos cayó encima como el minuto 90 de un partido: implacable.

—¿Hacemos una competición para ver quién hace más dianas? —propuso Ivo en un arrebató—. ¡Va, que os gano de paliza!

Los demás nos miramos con una sonrisa de incredulidad, y empezamos la partida. Yo observé de refilón a Babila, que jugaba a los dardos igual que al fútbol: con una facilidad alucinante. No pude evitar imaginármelo con el penoso traje de su nuevo colegio. ¡Pobre Halcón! No sabía si me daba más lástima por la corbata o por no poder llevar zapatillas deportivas. Los zapatos deberían estar prohibidos antes de hacerse uno mayor, ¿verdad?